

Restauración neo-conservadora y crisis de las izquierdas latinoamericanas: reflexiones desde las culturas políticas*

Neo-conservative restoration and crisis of latin american left: reflections from political cultures

Francisco Iván Sotomayor López

Escuela de Trabajo Social

Universidad de Valparaíso, Chile

francisco.sotomayor@uv.cl

Recibido: 17/08/2019

Aceptado: 28/11/2019

Formato de citación:

Sotomayor López, F.I. (2020). "Restauración neo-conservadora y crisis de las izquierdas latinoamericanas: reflexiones desde las culturas políticas". *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, 86, 143-156, <http://apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/sotomayor2.pdf>

Resumen

El objetivo del presente artículo es analizar la situación actual de la política representativa en América Latina, en el marco del proceso de restauración de partidos y/o coaliciones pertenecientes a la derecha política, tomando en consideración cambios estructurales proyectados en las siguientes fases del proceso de modernización capitalista. Metodología: estudio descriptivo de carácter teórico y reflexivo, con la revisión de la literatura sobre las culturas políticas, enfocado en el "mito fundacional" de las transiciones a la democracia. La estructura se sostiene sobre una breve contextualización del fenómeno de retroceso electoral de las izquierdas, para posteriormente profundizar, desde la categoría de las culturas políticas, las transiciones a la democracia en la región y su impacto en la consolidación de dispositivos jurídicos, políticos y culturales que favorecieron la desmovilización y la inmovilidad social. Finalmente, los resultados del análisis arrojan que las izquierdas en América Latina se enfrentan a un período de resignificación profundo, debiendo responder al enorme desafío de repensar las relaciones entre el Estado, sociedad y economía, en un esfuerzo por superar definitivamente los relatos explicativos y legitimadores propios del mito fundacional de la derrota de las dictaduras y la transición a las democracias.

* Una primera versión de este artículo fue publicada en la revista *Almanaque de Ciência Política* 3(2), 2019 <<https://periodicos.ufes.br/almanaque/article/view/28054>>. La presente versión, entre otros cambios, incorpora recientes acontecimientos en América Latina, actualizando el contexto de análisis.

Palabras clave

Culturas políticas, América Latina, izquierda, derecha, transición política.

Abstract

This article aims to analyze the current situation of representative politics in Latin America, within the framework of the restoration process of parties and / or coalitions belonging to the political right, taking into account projected structural changes in the following phases of the capitalist modernization process. Methodology: descriptive study of a theoretical and reflective nature, with a review of the literature on political cultures, focused on the “founding myth” of transitions to democracy. The structure is based on a brief contextualization of the phenomenon of electoral backward movement of the left, to later deepen, from the category of political cultures, the transitions to democracy in the region and its impact on the consolidation of legal, political and cultural mechanisms that favored demobilization and social immobility. Finally, the results of the analysis show that the left in Latin America is facing a period of profound resignification having to respond to the enormous challenge of rethinking relations between the State, society and the economy, in an effort to definitively overcome explanatory and legitimating accounts, typical of the founding myth of the defeat of dictatorships and the transition to democracies.

Keywords

Political cultures, Latin America, left, right, political transition.

1. Introducción

Durante los últimos años en América Latina se ha producido un giro electoral hacia la derecha. En los países que alguna vez conformaron el eje del denominado “socialismo del siglo XXI”, la agenda progresista no goza de buena salud. En Argentina Mauricio Macri con Cambiemos marcó un hito potente, y aun cuando haya perdido calamitosamente frente a la dupla Fernández y Fernández, fue un paréntesis significativo dentro de la hegemonía peronista antes comprendida como invencible, un indicador de esto es la agenda a toda luces más moderada de la actual administración.

El caso de Brasil es aún más ilustrativo. La destitución de Dilma Rousseff, perteneciente al Partido de los Trabajadores (PT) y continuadora del gobierno del histórico Ignacio Lula Da Silva, significó la llegada al poder de un cuestionado Michel Temer (Partido del Movimiento Democrático Brasileño-PMDB), situación que configuró tal nivel de crisis política en el país que terminó precipitando el triunfo totalmente fuera de libretto de Jair Bolsonaro con el apoyo del Partido Social Liberal en 2018 y que muy probablemente se constituirá en un punto de inflexión en la agenda conservadora en América Latina.

En Ecuador el quiebre radical entre el actual presidente Lenín Moreno y el ex mandatario Rafael Correa ha polarizado aún más a un país con una larga data de inestabilidad institucional. Correa actualmente enfrenta un complejo juicio por corrupción durante su administración poniendo en riesgo gran parte de su capital político. La situación no es menos dramática en Bolivia, donde la violenta renuncia y autoexilio de Evo Morales, posterior a la suspensión de los comisionados en octubre pasado, ha dado paso a un gobierno interino encabezado por Jeanine Áñez, quien ya explicitó sus deseos de postularse como candidata presidencial en las elecciones de mayo, y que ha dado claras muestras de una posición crítica respecto de la orientación ideológica de izquierda del expresidente. Ni hablar del efecto simbólico en la región que ha

significado la tragedia de la Venezuela de Nicolás Maduro. En definitiva, el escenario al menos a nivel electoral es complejo para las distintas expresiones progresistas y/o de izquierda en la región.

Mientras tanto, en Chile el triunfo de Sebastián Piñera el año 2017 con la coalición de centro-derecha Chile Vamos se ha logrado mantener en el poder contra todo pronóstico, aun cuando ha debido enfrentar desde octubre del 2019 las protestas más fuertes de toda la historia del país y que han significado abrir una grieta constitucional que, con seguridad, cambiará la configuración política del país. La elección en Paraguay de Mario Abdo Benítez, en 2018, perteneciente al conservador partido colorado, continuador de la administración de Horacio Cartes del mismo partido, muestra la buena salud de la coalición que, aparentemente, se las ha arreglado para entregar cierta sensación de estabilidad en un país con tasas de crecimiento económico relevantes durante los últimos años. Similar al caso de Colombia, en donde Juan Manuel Santos logró no solo mantener el poder desde 2010 con el Partido Social de Unidad Nacional, sino además entregar la banda presidencial en 2018 a Iván Duque Márquez, un continuador de su obra, quien ha debido responder a una fuerte oposición en las calles desde fines de 2019.

Perú, en tanto, es un caso algo diferente, independientemente de la polémica renuncia de Pedro Pablo Kuczynski con su coalición de centro derecha Peruanos Por el Kambio (PPK). Distintos sondeos refieren que la intención de voto en el país sigue siendo sobre todo anti fujimorista. El apoyo que ha logrado su continuador, Martín Vizcarra (también miembro del PPK) da cuenta la capacidad del conglomerado para capitalizar mejor el fuerte sentimiento de malestar anti corrupción de los últimos años.

Como se aprecia, el escenario político en la región es cambiante y da cuenta de un proceso de transformación profunda de las antiguas alianzas estabilizadoras post dictatoriales. El presente análisis es un esfuerzo por encontrar explicaciones, e intentar explorar en el aparente estancamiento, al menos desde el ámbito electoral, de los conglomerados políticos de izquierda en la región, que luego de haber marcado fuertemente la agenda sudamericana durante buena parte del inicio del SXXI, en su retroceso han dejado un escenario altamente inestable, menos predecible y que dentro de las muchas alternativas podría abrir una suerte de resurgimiento de sectores conservadores. Estas reflexiones serán abordadas desde la noción de “culturas políticas”, apostando por identificar en la dimensión simbólica e histórica aquellos elementos en común a nivel regional que puedan dar luces sobre el fenómeno. El foco se pondrá en la ruta desde aquel mito fundacional transicional que permitió el avance y eventual retroceso de estas agendas transformadoras posterior a las dictaduras del SXX.

2. Crisis de identidad y nuevos escenarios globales

Según el informe de Latinobarómetro (2018), en los últimos años ha aumentado el porcentaje de latinoamericanos que se ubican en la derecha del espectro político por cuarto año consecutivos. El estudio indicó también que el 28% de los y las ciudadano/as de la región se ubicaban en la derecha política, nueve puntos más que lo registrado por la misma encuesta el año 2011, mientras que solo el 20% de los y las latinoamericano/as se identificaría con la izquierda política; el 36% se declara perteneciente al centro político.

Este retroceso de las izquierdas en la región posterior al anterior período progresista, denominado por varios autores (Dieterich, 2008; Monedero, 2008; Parker, 2007) como “socialismo del siglo XXI” o “post-neoliberalismo”, está lejos de ser único y exclusivo de la región. Es posible apreciar este nivel de fragmentación y declive de las izquierdas, tanto socialistas como socialdemócratas en prácticamente todo el mundo (Barcellona,

2019). El caso de Europa es ilustrativo, dando paso a múltiples expresiones de tintes nacionalistas, anti-inmigratorios y xenófobos.

Para Revelli (2015), la situación de crisis de la izquierda es un indicador más de la crisis política en la que se encuentra el actual sistema democrático. Esta situación sería el resultado de un proyecto político histórico hegemónico que se ha expandido y acelerado desde los años sesenta; la conformación de un orden basado en un sistema financiero mundializado, un proyecto en el cual el mercado termina por fagocitar completamente lo político en el sentido amplio del concepto. Este diagnóstico global se ha complejizado a tal punto, que algunos autores hablan del peor momento de las izquierdas –tanto a nivel de partidos como de movimientos sociales– desde el término de la segunda guerra mundial.

Independiente de los escenarios particulares y locales que han permitido esta debacle en cada uno de los países, es posible, siguiendo a Joignant y Navia (2003), identificar tres elementos transversales en la discusión:

En primer lugar, aparecen las enormes transformaciones demográficas. Según datos del Banco Mundial, para el año 2020 la población será la más educada en la historia, lo que sumado al avance en la cobertura de Internet empuja la tendencia a la liberalización y al aumento de la percepción de autonomía de los ciudadanos. Para autores como Adorno *et al.* (1969), las actitudes políticas más pro-democráticas e independientes, así como las más antiautoritarias se podrían observar en grupos sociales más acomodados, consecuencia de un proceso de educación más alto y sofisticado, que facilita el desarrollo de actitudes críticas más elaboradas. Para otros, en la medida en que las personas aumentan su nivel de formación y diversifican sus fuentes de información tienden a establecer menores niveles de lealtades en general a partidos y coaliciones políticas, y en particular, son más escépticas a aquellas que se sustentan doctrinariamente de lógicas colectivizantes.

En segundo lugar, y más desde un punto de vista ideológico, aparece el creciente debilitamiento del eje “derecha-izquierda”. Para Benoist (2005), la división moderna de los bloques políticos proveniente del siglo XVIII en las tradicionales izquierda-derecha ha ido dando paso a un fenómeno global en donde las posiciones transitan líquidamente en favor o en contra del proceso de globalización o mundialización. Este fenómeno se aprecia en las últimas elecciones de EEUU, Francia o Brasil, en donde Donald Trump, Marine Le Pen y Jair Bolsonaro lograron disputar electorado históricamente de izquierda mediante la utilización de relatos anti-globalización o anti-establishment. La acumulación de desconfianzas cristalizadas ha derivado en un hundimiento de las ideologías tradicionales y hegemónicas, y de construcciones socio-históricas que han perdido actualmente buena parte de su credibilidad. Esta erosión ha hecho creer a algunos en la llegada definitiva del tan anunciado “fin del binomio ideológico izquierda-derecha”, es decir, el desvanecimiento de uno de los componentes más potentes del imaginario político.

La consecuencia de este debilitamiento de “lo político”, aumenta el espectro de acción de la racionalidad exclusivamente economicista, amalgamado con un desarrollo incontrolado de las tecnologías que responden a sus propias dinámicas. Para Ansaldi (2017), un dato epocal que atraviesa, por lo menos a todo Occidente, es la llamada pospolítica, según la cual, deben dejarse de lado las históricas divisiones político-ideológicas entre izquierda y derecha y la concepción de la lucha de clases, a las cuales se consideran superadas, “cosas del pasado”. Los desafíos del presente, dicen quienes defienden esta posición, son otros y ellos remiten a necesidades y demandas específicas y puntuales de cada sociedad, cuya satisfacción se confía a diferentes clases de expertos,

técnicos, gerentes o directivos de empresas, cuanto más grandes y transnacionales, mejor.

Ahora bien, este problema no se plantea igualmente en ambos lados del supuesto eje izquierda-derecha, dado que el *status quo* posee una facticidad sobre la cual descansan los intereses de la derecha, ya sea una agenda nacionalista, basado en el orden y seguridad, o de desregulación mercantil transnacional, en cualquiera de los casos la derecha se sostiene en un supuesto orden natural: el peso del poder histórico acumulado. Dicho de otra forma, los grupos hegemónicos nunca han obtenido de agrupaciones como sindicatos, juntas de vecinos u organizaciones estudiantiles su legitimidad o validación, por lo que la desideologización o la pospolítica tiene efectos mucho más graves para la izquierda, que “sí o sí” debe ir a buscar sus fuentes de representación en los colectivos desfavorecidos. En palabras de Žižek (2009: 27), “a causa de su absoluta omnipresencia, la ideología aparece como su propio opuesto, como la no ideología, como el núcleo de nuestra identidad humana por debajo de todas las etiquetas ideológicas”.

Finalmente, como tercer elemento que explicaría la crisis de la izquierda, es la emergencia acelerada de la automatización del trabajo, que viene a redefinir la pregunta acerca del significado del trabajo: ¿cómo se define un partido de trabajadores en un escenario de automatización? De acuerdo con el informe *The Future of Jobs* del World Economic Forum (2016), la denominada cuarta revolución industrial producirá modificaciones en la distribución de empleos en la totalidad de regiones industriales del mundo. Consecuencia de la robotización, nanotecnología, impresión 3D y avances en la automatización, se destruirían para el 2020 cerca de 7,1 millones de empleos netos en las 15 economías más grandes, con especial dureza en países latinoamericanos como Brasil, México y Argentina. Para autores como Rifkin (2003), en la medida en que la automatización del trabajo va penetrando en el tejido económico, irá progresivamente dejando obsoleta la necesidad del trabajo asalariado en el mercado capitalista. Hunnicutt (1993) refiere proverbialmente que desarrollar pensamiento teórico y político relacionadas con estas nuevas formas de trabajo será crucial para la izquierda en el siglo XXI, en donde se jugará su sobrevivencia como proyecto societal, con una trascendencia similar a la defensa y construcción del Estado de bienestar en el siglo XX.

Un problema adicional de orden doctrinario tiene que ver con la definición ideológica de estos partidos, quienes en gran parte se definen como “partidos de trabajadores manuales”. ¿Cómo se sustenta un partido de trabajadores sin trabajadores? ¿cómo responder a esta evidente contradicción? Las respuestas a estas preguntas se escapan largamente de este trabajo, sin embargo, se pueden mencionar algunas iniciativas interesantes como la disputa por la reducción de la jornada de trabajo o la renta mínima universal (Economía, Política y Sociedad, 2018) que en países como Canadá, Holanda, Nueva Zelanda o el mismo Chile, han intentado progresivamente ir dando luces de cual sería la forma de responder a esta nueva agenda de los y las trabajadore/as. Sin perjuicio de lo anterior, debe quedar muy claro que éstas siguen operando dentro de lógicas capitalistas –quizá menos neoliberales– pero siempre dentro de las reglas de juego del que permite el mercado mundial.

Hacernos la pregunta frente a qué acciones podrían tomar los partidos y movimientos de izquierda para superar este intento de restauración conservadora en la región resulta fundamental. A la luz de los hechos políticos del último tiempo surgen tres estrategias que se han ido dando entre la izquierda socialdemócrata y la tradicional, y que podrían orientar la discusión y que claramente no agotan otras opciones que puedan darse.

La primera podría denominarse como de “competencia sin cooperación”. Casos como la relación entre Podemos y el Partido Socialista Obrero Español, la Coalición de la

Izquierda Radical Syriza en Grecia o bien lo que se dio con el Partido Nacionalista Peruano representan este tipo de relación política. La segunda opción podría ser la “izquierdización” de las coaliciones, pero sin fractura. Aquí vemos un ejemplo en el laborismo británico de Jeremy Corbyn en Inglaterra (anti Tony Blair) o bien lo que se aprecia de alguna forma al interior del TP en Brasil, como una reacción de la aprobación del *impeachment* contra la ex presidenta Dilma Rousseff. Finalmente, el escenario más complejo de las tres sería la izquierdización de las coaliciones, pero esta vez con fractura. Este es el escenario que se aprecia en el hundimiento histórico del socialismo francés encabezado por Hollande que tiene actualmente a los movimientos de izquierda francesa con una infravaloración parlamentaria, o en América Latina la situación de fragmentación interna y dispersión de la izquierda Colombiana post acuerdos de paz.

3. Cultura política y el mito de la transición latinoamericana

En cualquiera de estos posibles escenarios futuros existe una pregunta transversal que es necesario hacerse tanto desde un punto de vista diagnóstico como programático: ¿qué está pasando a nivel de las culturas políticas que pueda explicar este fenómeno? Poner el foco en la cultura política como categoría analítica nos lleva a explorar la dimensión simbólica predominante en una sociedad. Por qué son esos y no otros los elementos que definen el terreno de discusión, cómo se construyen determinados consensos, cómo se adquiere y mantiene el poder y finalmente la manera en que se transforman estas realidades (Tejera, 1998). En palabras de Caciagli (1996: 14), toda esa red de relaciones “se concreta en ideas y valores, en símbolos y normas compartidos por una sociedad, o sea una mentalidad que adquiere sentido en un contexto social y que guía y condiciona el pensar, el actuar y el sentir de los actores políticos”. Este trabajo aborda estas cuestiones identificando un punto de partida general e ineludible en la realidad política y social de nuestra región: los procesos de transición de las dictaduras de mediados del SXX a la democracia, y su enorme efecto en la conformación de la cultura política latinoamericana.

La transición ha operado en gran parte de América Latina, y aún hoy sigue haciéndolo, como aquel momento fundacional en el que se configura y ritualiza una identidad política original basada en la recuperación de la democracia como valor esencial. La transición –elevado simbólicamente a la categoría de mito– ha ejercido tal influencia en la vida política latinoamericana durante los últimos treinta o cuarenta años, entre otros factores por su poderosa red de significados, que ha pasado a constituirse en una matriz de legitimación política y al mismo tiempo un punto de inflexión en los procesos de modernización institucional (Badie, 1993). La fuerza simbólica de esta matriz se basa en la mixtura de tradición e innovación, la capacidad de introducirse en prácticas culturales presentes en la vida del latinoamericano desde hace muchos años y al mismo tiempo reinterpretarse en cuanto aparecen nuevos acontecimientos que justifican esta actualización. Dicho de otra forma, la transición termina y sigue dependiendo de que estamos discutiendo, es al mismo tiempo instituida e instituyente, nunca *es*, sino que siempre está *siendo*.

Un ejemplo de este “eterno retorno” del mito fundante transicional es que en varios países se empieza a hablar ya de la “segunda transición”. La clave para mantener vivo el concepto está en formular términos lo suficientemente amplios para no excluir ninguna corriente política e ideológica, cumpliendo con el requisito de la moderación en cuanto a su estructura discursiva. Un caso interesante es el de Chile y la denominada “cultura política binominalizada”, resabio del sistema político proveniente de la dictadura que operaba como cerrojo parlamentario a cualquier esfuerzo democratizador durante gran parte de los años 90 y 2000. Como indica Atria (2013), la cultura política

binominalizada va a sobrevivir con largueza el propio sistema, y esta es una cultura política que se entiende a sí misma incapaz de hacer cambios estructurales, una de las razones por las cuales siendo Chile una sociedad no especialmente conservadora o neoliberal posee una legislación exactamente contraria. De hecho, el denominado “estallido social” del 2019 como parte de su larga lista de demandas fue el cambio constitucional, provocando que las fuerzas políticas tuvieran que pactar un plebiscito para un eventual inédito proceso constitucional a iniciarse el 2020.

Esta especie de fuerza centrífuga del consenso de la transición –en algunos países más que en otros– afectó profundamente a las izquierdas, que buscaron de forma mayoritaria adaptarse a la estructura cultural de las nuevas democracias asumiendo demandas y restricciones que se imponían en la escena política y de sus límites categoriales centralizados, sin embarcarse en construir una visión y un lenguaje propio e identitario.

Lo que comenzó siendo una estrategia política electoral para hacerse con el poder, se convirtió en un rasgo característico de la izquierda triunfante. Frente al conflicto, la decisión terminó postergándose todo lo que sea necesario de manera que, mediante la negociación, se logren estos grandes acuerdos nacionales. Las preguntas siguientes son inevitables: ¿cuáles son las condiciones –y sobre todo los límites– de esa negociación? ¿cuál es el costo de este acuerdo, en términos de compromiso con las convicciones? La experiencia nos dice que lo que fue abandonado no fue otra cosa que el propio contenido transformador.

Una de las elaboraciones más poderosas en cuanto a espacio de contención y moderación simbólica forzada fue el “mito de la reconciliación” sobre el que se basa la nueva democracia regional. Este imperativo de moderación, exigida desde esta posición disfrazada de patriotismo o nacionalismo, ha resultado a todas luces un éxito y uno de los códigos culturales con más influencia sobre la cotidianeidad de los discursos, influenciando de forma importante la dinámica cultural de las transiciones latinoamericana (Atria, 2013).

Mientras tanto, los problemas que encontraron los sectores de derecha para pensar y diseñar su proyecto político e ideológico más allá de la lógica dictatorial dentro del discurso modernizador de la nueva democracia de la transición parecieron confirmar el éxito de la estrategia de adaptación político-simbólico de una forma de ser y hacer izquierda en la región.

En los últimos años, la derecha vinculada a las dictaduras de los años 70 y 80, contra todo pronóstico ha logrado completar un proceso –al menos al nivel discursivo– de legitimación democrática. Estos principios que formaban parte de la matriz cultural de la transición y que hasta entonces parecían propios de la izquierda fueron incorporados por los sectores conservadores y neoliberales, dentro de un relato público aparentemente desideologizado y tecnócrata, bajo el formato de institucionalización capitalista (según la definición de Therborn en Ansaldi, 2017) y en el que cobra cada vez más relevancia un realismo neoliberal que reduce hasta el extremo las opciones políticas y económicas alternativas. Para el propio Ansaldi (2017), las llamadas “nuevas derechas” lo llaman cambio, pero se trata de un engaño. Y es una engañifa porque las derechas de hoy, como las de ayer, siguen siendo tributarias, herederas del pensamiento de Edmund Burke, quien postulaba la condena a recibir el mundo donado por nuestros mayores y el deber de conservarlo lo más armónicamente posible. En otras palabras, las derechas hábilmente mudaron, se metamorfosearon, cambiaron la vestimenta. La forma en que se presentan las “nuevas” derechas tiene un detalle no menor que las diferencia de las “viejas” derechas: no portan la identificación ideológica. Esto las hace más pragmáticas,

dinámicas, capaces de hacer sacrificios tácticos y concesiones temporales, como lo son las demandas identitarias y/o migratorias.

A medio plazo, las consecuencias más evidentes de ubicarse dentro de un espacio de moderación y atenuación de las contradicciones ha sido la traducción institucional de un diseño de corte restrictivo para la participación general, que obstaculiza el acceso a un número significativo de actores y otorga todo o prácticamente todo el protagonismo a los partidos políticos. En este sentido, estos han logrado interpretar esta vocación de estabilidad y control con notable eficiencia, conteniendo la posible irrupción en el escenario público a nuevos actores que puedan constituirse en un riesgo y salir de las fronteras del territorio de moderación y su construcción de hegemonía.

A largo plazo, las consecuencias para la base simbólica que sostenía la cultura política en la izquierda fue un debilitamiento generalizado. Su “acto de desaparición” tanto cultural como institucional de la vida política significó, por un lado, la ausencia de una red de apoyo desde organizaciones de base provenientes de la sociedad civil que permitieran continuar el trabajo de politización iniciado por los organismos antidictatoriales, manteniendo la identidad social de la izquierda. Y por otro, sostener la capacidad movilizadora, probablemente una de sus mayores contribuciones durante las transiciones. Sin embargo, la búsqueda de la estabilidad bajo esta “cultura política binominalizada” se mantuvo, y consolidó así un relato político en el que la participación sólo encontraba su lugar al interior de las estructuras y mecanismos institucionales delineados desde el poder. Tal como plantea Nohlen (2008: 18), “cuando las elites políticas luchan incondicionalmente por el poder y logran alcanzarlo, la invocación de la cultura política pierde todo sentido realista. La confianza, la tolerancia, el compromiso, el consenso ya no cuentan, y aún menos las reglas de la democracia representativa”.

Desde una dimensión ideológica, las dificultades para desarrollar y mantener una cultura política propia de la izquierda la han llevado a transitar desde la retórica marxista, dominante en las primeras fases de la transición, al tradicional dilema socialdemócrata de la compatibilidad entre eficiencia económica y equidad social instalado desde la década de los 80 y el 90 en la región y que continúa hasta nuestros años y en donde es altamente complejo delimitar referencias ideológicas claras y su real voluntad transformadora.

La pretensión de los partidarios del ajuste estructural era –y es aún– conjugar éste con la estabilidad democrática, pretensión inconsistente, ya que, como mostraron en su momento Calderón y Dos Santos (1990), el ajuste tiende a crear inestabilidad política. Más aún: la exclusión de sectores mayoritarios de la sociedad inevitablemente conspira contra el propio desarrollo e incluso el crecimiento capitalista, convirtiéndose en una verdadera bomba de tiempo. En palabras de Ansaldi (2015: 8), “(...) los neoconservadores –convencidos del “fin de la historia”– son incapaces de advertir lo que ésta podría enseñarles: el sistema capitalista requiere, para desarrollarse en el mediano plazo, que la mayoría de la población sea partícipe del crecimiento”.

El caso de Chile es paradigmático de lo que se viene desarrollando. En 2018, según el mismo Latinobarómetro, era el país que encabezaba la lista regional de los países que describían como “buena” su situación económica, con un 26%, seguido por Uruguay con un 21% y Bolivia con un 18%. A pesar de estos datos, la acumulación histórica de los ajustes estructurales terminaron por implosionar en octubre del 2019, dando inicio a las protestas más grandes de la historia del país. Este quiebre –actualmente en curso– se ha cristalizado en un proceso de cambio constitucional y que con toda seguridad cambiará para siempre el modelo económico y social acordado postdictadura (Parker, 2017). Un elemento interesante es que varias encuestas de opinión pública refieren que

en el discurso ciudadano destaca lo “a-político” de la revuelta y la falta de representación partidista (Centro de Estudios Públicos, 2019), similar al “que se vayan todos” argentino de diciembre del año 2001.

Una evidencia es el profundo malestar con el sistema político y económico apreciable en el ya referido Latinobarómetro del año 2018, en donde solo el 12% a nivel regional refiere que la situación económica es “buena”. El mismo estudio indica que son diez países de la región donde el 10% o menos de su población declaran que hay buena situación económica. Entre ellos están Colombia, México, Costa Rica, Brasil y Venezuela, todos países que celebraron elecciones presidenciales en 2018. La única excepción en ese punto es Paraguay, que fue a las urnas el 2018 y un 15% de la población refiere que hay buena situación económica, estando entre los cinco países de la región que declaran tener mejor situación económica.

Tal como refiere el mismo Ansaldi (2017: 6), “en las izquierdas, en cambio, el desiderátum ha estado y está siempre en el futuro, coherente con la idea moderna, iluminista, del progreso como una línea ascendente. Desde esa perspectiva, cambio era sinónimo de avance”. Si el problema en una fase post-dictatorial era de una forzada neutralización institucional, hoy el problema es de orden cultural, es una cultura política que se entiende a sí misma neutralizada y a la acción transformadora como algo políticamente irresponsable, y por lo tanto, lo que se debe hacer –usando una categoría propia de esta cultura política– es perfeccionar. El uso de este término no es azaroso, dado que supone que las cosas estarían “casi perfectas” y les faltaría un arreglo o paso final para que finalmente lo sean.

Un rasgo sobresaliente es el aumento del protagonismo de una concepción individualista de lo que entendemos como vida social, desde la que históricamente se interpretaron los valores y objetivos tradicionales de la izquierda y que, dentro de la matriz cultural de la transición, constituyó un elemento clave para comprender su capacidad de permeabilidad en sectores medios. Los vínculos comunitarios o las solidaridades de clase se ven reemplazados por los intereses de ciudadanos que buscan el desarrollo de sus proyectos vitales, sostenido sobre una exacerbación de las subjetividades.

El resultado de esta política de destrucción de tejido social es que América Latina se ha convertido en la región del mundo más desconfiada, con el mínimo histórico de confianza interpersonal. Brasil prácticamente no tiene confianza interpersonal, registra 4% en 2018, en Venezuela alcanza sólo 8%, y Costa Rica 10%. Los países que tiene más confianza interpersonal en la región con Colombia, Uruguay y Guatemala con 20%, le siguen Argentina y México con 18% (Latinobarómetro, 2018).

4. De la lucha de clases a la batalla moral mediatizada

La acción política, y concretamente la acción del Estado, ha abandonado como objetivo las grandes transformaciones sociales pasando progresivamente a agendas en donde se busca asegurar la existencia de condiciones suficientes para el libre desarrollo de las capacidades personales. En este sentido aparece la renovada relevancia que se concede hoy dentro de la discusión de las agrupaciones de izquierda a la extensión e institucionalización de los derechos cívicos. Según Žižek (2008), en su *defensa de la intolerancia*, ésta se constituye en una de las más efectivas trampas liberales hacia la izquierda contemporánea, refiriendo que por un lado, el multiculturalista liberal, desde una altura moral incuestionable, tolera al *otro* mientras no sea un *otro real*, sino el otro aséptico del saber ecológico premoderno. Pero tan pronto como tiene que vérselas con el *otro real* (el de la ablación, el de las mujeres veladas, el de la tortura hasta la muerte del enemigo, entre otros), se acaba la tolerancia. No sorprende, entonces, que la

tolerancia de los multiculturalistas quede atrapada en una especie de círculo vicioso que paralelamente concede “demasiado y demasiado poco” a la especificidad cultural del otro, digamos ese otro “descafeinado”, acético y funcional, en otras palabras; el lugar de la conflictividad pasa de la lucha de clases a una suerte de guerra moral mediatizada en la cual las nuevas derechas dotadas de un nuevo discurso democrático, sumado al tradicional argumento del desarrollo económico, se sabe capaz de ganar.

Legislaciones en favor del matrimonio homosexual o en favor de los derechos de los inmigrantes se han ido progresivamente instalando en la centralidad del discurso de la izquierda, y han logrado en varios países movilizar y aumentar la participación ciudadana al interior de organizaciones, como en el caso de Argentina y Uruguay. La proliferación de iniciativas ciudadanas sobre múltiples cuestiones sociales (inmigración, derechos humanos, temas indígenas, feminismo, ambientalismo, animalismo) o las nuevas formas de compromiso cívico que aparecen en las generaciones jóvenes. En este punto, nuevamente Žižek (2009) advierte respecto de las relaciones capitalistas de mercado a la base de la supuesta repolitización de la sociedad civil protegida por los defensores de las “políticas identitarias” y de otras formas postmodernas de politización: toda esa continua actividad de las identidades fluidas, oscilantes, de las múltiples coaliciones *ad hoc* en continua reelaboración –el cambio como estado permanente vinculado al consumo– que resguardan la co-existencia en tolerancia de grupos con estilos de vida “híbridos” y en continua metamorfosis, grupos fraccionados en interminables subgrupos; mujeres inmigrantes, homosexuales afrodescendientes, comunidades indígenas urbanas, varones blancos enfermos de VIH, madres homosexuales y así sucesivamente. Esta sistemática emergencia de grupos y subgrupos solo es posible en la medida que sea funcional al proceso de globalización capitalista y ésta es justamente la forma en que esta racionalidad va constituyendo la sensación de pertenencia étnica o comunitaria: el único y gran vínculo que articula a la totalidad de esos grupos es el vínculo del capital, perpetuamente disponible para satisfacer las necesidades específicas.

Ubicar la restauración de la cultura política de izquierdas en estas nuevas expresiones de repolitización posmodernas, se constituye, según Žižek, en un error estratégico, puesto que detrás de esta confrontación lo que aparece es una tensión inexistente en donde el propósito es asegurarse de que algo –lo que importa de verdad– no sea molestado y siga inmutable. Un elemento que ha hecho posible caer en ocasiones en esta trampa es la desvinculación existente durante los últimos años al interior de los partidos de izquierda latinoamericanos entre temas económicos y sociales. Si tradicionalmente uno de los componentes identitarios más claros en la izquierda había sido la instrumentalización de la política económica en función de políticas sociales redistributivas e igualitaristas, a tal punto que la forma en que se interpretaba esta relación entre agenda económica y social establecía en gran medida las distintas posiciones dentro del campo de la izquierda, actualmente es posible apreciar que este vínculo tiende a romperse, traducándose en una despolitización también de la economía.

Un ejemplo que utiliza Harvey (2007) para abordar este tipo de acciones de recuperación de la identidad política cultural de la izquierda es París del 68, en donde se consiguió iniciar procesos de acción y reflexión crítica, pero de forma simultánea se incorporó perfectamente al capitalismo global. La consecuencia de estas manifestaciones fue un cambio en la estrategia hacia una nueva forma de capitalismo. Todos estos valores presentes cada vez más al interior del discurso de izquierda contra la teocracia, por las libertades personales, el disfrute, el derecho a la sexualidad, todo terminó siendo asimilado. Hoy el neoliberalismo ya no es la antigua autoridad

patriarcal, conservadora y mojigata; es hedonista y permisiva en lo individual. De esta forma, el relato romántico dice que el 68 casi se ganó, pero en la historia solo fue un nuevo y gran envión capitalista, cabe preguntarse si esto no podría igualmente suceder en nuestra región con los movimientos indigenistas, divergencias sexuales, o si no está ya sucediendo con expresiones como el capitalismo verde o el feminismo por el derecho a decidir.

5. Conclusiones

Volviendo a la pregunta central de este artículo, respecto a una transformación a nivel de cultura política que explique la emergencia de los grupos de derecha en la región –al menos a nivel representativo– es necesario reconocer por parte de las izquierdas latinoamericanas que en el siglo XXI el neoliberalismo, o el liberismo según Alesina y Giavazzi (2007), se ha convertido en el meta relato. Su capacidad para adaptarse incluso a las condiciones culturales adversas propias de la transición, en donde las recientes democracias latinoamericanas habían logrado en su lucha antidictatorial generar tejido social en resistencia, es sorprendente. Harvey (2007: 38) sostiene que “el neoliberalismo no se ha visto afectado por regímenes políticos específicos, pues tiene la capacidad de asentarse tanto en democracias como en dictaduras”, se ha naturalizado y convertido en el estadio de “sentido común” y de “consenso”, de tal modo que se pueden reconocer sus principios en el discurso de prácticamente todos los gobiernos, sin importar su propuesta política.

Tal como lo predijo Thatcher: “la economía es el método, para posteriormente convertir el alma” (Thompson, 1980). Žižek al momento de profundizar su noción de ideología, refiere que su condición de hegemonía responde al carácter sublime del neoliberalismo lo que permite lograr mantenerse a pesar de las indiscutibles pruebas de sus consecuencias nefastas desde el punto de vista del “desarrollo social”. Como respuesta, en América Latina desde las izquierdas la labor de interpretación de los significados de la realidad política que realizó durante sus distintas transiciones introdujo niveles tensiones y conflictividad muy diferentes, pero que tienen en común que no lograron revertir la magnitud del cambio que se estaba produciendo a nivel global, ya sea por irrelevancia vía consensos o por la vía reformista con resultados económicos en ocasiones desastrosos.

Hoy, las izquierdas en América Latina se enfrentan a un largo período de redefinición de sus significados y su propia viabilidad, deberán reinterpretar las relaciones siempre complejas entre el Estado, sociedad y economía. La receta empleada durante los últimos gobiernos en la región de poner al aparato estatal sobre la sociedad para intentar domesticar, tanto al mercado internacional como a los mercados nacionales como una suerte de panacea total y absoluta se enfrenta a serios problemas. Tal como refiere Alain Badiou (2009: 59), “una de las grandes debilidades del comunismo era justamente la de presentarse como algo que tenía respuestas para todo. Hay que manejarse con convicciones y principios, tomar posición, pero, a la vez, saber dejar las preguntas abiertas”. Lo contradictorio es que la convicción en la articulación programática tecnocrática no posee un correlato a nivel de utopías revolucionarias en función del fortalecimiento de la sociedad civil, el Estado protector o el mercado justo. Como diría Žižek nuevamente, el mínimo no negociable es la superación del neoliberalismo, el resto son concesiones tácticas, pero solo eso.

Frente a la emergencia de estas “nuevas derechas”, el propósito último de las izquierdas sería recuperar la capacidad autogestionaria de la sociedad al interior de condiciones democráticas. Sin embargo, es justamente aquí donde se aprecia la pérdida de gran parte de su esencia identitaria y la necesidad de analizarlo desde las culturas

políticas: por distintas razones –algunas explicadas atrás– la capacidad de imaginar una estructura social y económica alternativa mediante la elaboración de una utopía política como opción de futuro, hoy parece ubicarse en la categoría de recuerdo nostálgico.

Las esperanzas e ilusiones acerca de la aparición de una nueva teorización del socialismo para el siglo XXI es un trabajo que se ha demandado, más que asumido vitalmente. Desde un comienzo la izquierda definió su cultura política desde ciertos valores y principios. Así, “ser de izquierda es, desde la clasificación que surgió con la Revolución Francesa, optar por los pobres, indignarse ante la exclusión social, inconformarse con toda forma de injusticia o, como decía Bobbio, considerar una aberración la desigualdad social” (Beto en Ansaldi, 2017). De la misma forma, se identificaba a la derecha como el adversario dado su resistencia a una noción de virtud colectiva, concentrándose más bien por el bienestar individual y mantención del *status quo*.

Aquí surge una paradoja que debe ser solucionada por las izquierdas latinoamericanas y que es abordada por Habermas (1993). Para este autor, las propuestas políticas de derecha nunca se han sostenido desde una obligatoriedad moral, dada la ausencia de un futuro colectivo y posible de ser planificado. Desde una perspectiva hayekiana toda consecuencia es el resultado de un conjunto de desiciones individuales, por lo que un eventual fracaso desde esta lógica no contiene una dimensión moral (quizá podría esto relativizarse desde una perspectiva religiosa en donde la contención de la izquierda laica si se podría interpretar como una cruzada mística). En la izquierda, al contrario, al establecer ciertas trayectorias teleológicas asociadas a luchas históricas como son una sociedad justa o los derechos sociales, tiende por defecto a ubicarse desde un plano moral, en consecuencia, si falla en lo ejecutivo, entonces se presume también de cierta inmoralidad en esa acción. Esta es una de las trampas que más se han utilizado en nuestra región –y probablemente en el resto del mundo– durante los últimos procesos electorales.

Las izquierdas de nuestro tiempo no pueden eludir esta responsabilidad a la hora de definir un posicionamiento moralmente sólido y genuino, en primer lugar con sus bases. Si el poder termina corrompiendo a todos un poco, doctrinariamente corrompe más a la izquierda. Por tanto, la premisa de dejar de actuar y comenzar a pensar hoy resulta más importante que nunca.

6. Bibliografía

- Adorno, T. W. (1969). *La sociedad. Lecciones de sociología*. Buenos Aires: Proteo.
- Alesina, A., Giavazzi, F. (2007). *Il liberismo è di sinistra*. Roma.
- Almond, G., Verba, S. (2015). *The civic culture: Political attitudes and democracy in five nations*. Princeton University Press.
- Ansaldi, W. (2015). “La política, entre la pena y la canción. O la licuación de la política, un legado del neoliberalismo”. *Temas y Debates*, 13-31.
- Ansaldi, W. (2017). “Arregladitas como para ir de boda: Nuevo ropaje para las viejas derechas”. *Revista THEOMAI*, 23-51.
- Atria, F. (2013). *El otro modelo: Del orden neoliberal al régimen de lo público*. Santiago de Chile: Debate.
- Badie, B. y. (1993). *Política comparada*. México: F.C.E.
- Badiou, A. (2003). “Entrevista a Alain Badiou”, en *La Nación*, disponible en: <https://www.lanacion.com.ar/550096-alain-badiou-las-ideas-existen-y-tienen-poder>
- Banco Mundial (2018). “*Aprender: Para hacer realidad la promesa de la educación*”. Informe sobre el Desarrollo Mundial 2018, disponible en <https://www.worldbank.org/en/publication/wdr2018>

- Barcellona, M. (2019). “El declive de la izquierda y las tribulaciones del Partido Democrático italiano”. *OXÍMORA Revista Internacional de Ética y Política*, 15, 1-14.
- Benoist, A. d. (2005). *Más allá de la derecha y de la izquierda: El pensamiento político que rompe esquemas*. Madrid: Ed. Áltera.
- Caciagli, M. (1996). *Clientelismo, corrupción y criminalidad organizada*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.
- Calderón, F. (2008). “Una inflexión histórica. Cambio político y situación socioinstitucional en América Latina”. *Revista de la CEPAL*, 121-133.
- Calderón, F., Dos Santos, M. R. (1990). *Hacia un nuevo orden estatal en América Latina: veinte tesis socio-políticas y un corolario de cierre*. Buenos Aires: PNUD, UNESCO, CLACSO.
- Centro de Estudios Públicos (2019). *Estudio Nacional de Opinión Pública N° 84, Diciembre 2019*. Santiago de Chile: CEP.
- Dieterich S. H. (2006). *El Socialismo del siglo XXI*. Berlín: Gegenstandpunkt. Versión en español: http://llibertatsolidaria.pangea.org/El_Socialismo_del_Siglo_XXI.pdf
- Economía, Política y Sociedad (5 de enero de 2018). “¿La 'Renta Mínima Universal' cómo respuesta a un mundo automático?” Obtenido de <https://www.marcvidal.net/blog/2016/4/12/la-renta-mnima-universal-cmo-tema-de-debate-poltico-y-sociolgico-a-corto-plazo>
- Vergara J. (2003). “La utopía neoliberal y sus críticos”. *Polis*, 6, disponible en: <http://polis.revues.org/6738>
- Giddens, A. (1996). *Más allá de la izquierda y la derecha. El futuro de las políticas radicales*. Madrid: Cátedra.
- Habermas, J. M. (1993). *Jürgen Habermas: moralidad, ética y política: propuestas y críticas*. Alianza Editorial.
- Harvey, D. (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Ediciones Akal.
- Hunnicut, B. (1993). “La izquierda y el futuro del trabajo”, *El socialismo del futuro*, 7, 73-80.
- Joignant, A., Navia, P. (2003). “De la política de individuos a los hombres del partido”. *Revista de Estudios Públicos*, 129-171.
- Latinobarómetro, C. (2018). *Informe Latinobarómetro 2019*. Santiago de Chile: <http://www.latinobarometro.org/lat.jsp>
- Menéndez-Carrión, A. R. (1999). *La caja de Pandora: El retorno de la transición chilena*. Planeta/Ariel.
- Monedero, J. C. (2008). “Hacia una filosofía política del socialismo del siglo XXI. Notas desde el caso venezolano”. *Cuadernos del CENDES*, 65(28), 71-106.
- Nohlen, D. (2008). “Instituciones y Cultura Política”. *POSTData*, 27-47.
- Parker, D. (2007). “El desarrollo endógeno: ¿Camino al socialismo del siglo XXI?” *Revista venezolana de economía y ciencias sociales*, 13(2), 59–86.
- Parker, C. (2017). “Chile: La sociedad civil en movimiento frente al modelo neoliberal”, CETRI, disponible en: <https://www.cetri.be/Chile-la-sociedad-civil-en>
- Revelli, M. (2015). *Posizquierda: ¿Qué queda de la política en el mundo globalizado?* Ed. Trotta.
- Rifkin, J. (2003). “El fin del trabajo. Nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era”. *Revista Chilena de Derecho Informático*, 2 -22.
- Sidanius, J., Pratto, F. (1999). *Social dominance: An intergroup theory of social hierarchy and oppression*. Cambridge: University Press, New York.
- Tejera, H. (1998). “Cultura política, poder y racionalidad”. *Alteridades*, 145-157.
- Thompson, P. (1980). *Margaret Thatcher: a new illusion*. Perception.

World Economic Forum (2016). *The Future of Jobs: Employment, Skills and Workforce Strategy for the Fourth Industrial Revolution*. Disponible en: [http://www3.weforum.org/docs/WEF Future of Jobs.pdf](http://www3.weforum.org/docs/WEF_Future_of_Jobs.pdf)
Žižek, S. (2008). *En defensa de la intolerancia*. Madrid: Sequitur.
Žižek, S. (2009). *First as Tragedy, then as Farce*. Buenos Aires: Verso.

* * *

Francisco Iván Sotomayor López es Trabajador Social, Licenciado en Trabajo Social (Universidad de Valparaíso, Chile), Magister en Psicología Social con mención en Intervención Psicosocial y Evaluación de Proyectos Sociales (Universidad Alberto Hurtado) y doctorando en Pensamiento Crítico Latinoamericano, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Docente e investigador de la Escuela de Trabajo Social de la Universidad de Valparaíso.